

Presentación. La covid-19, las querellas y las apuestas en la educación

Carlos Ornelas*

EL PRESIDENTE de México, Andrés Manuel López Obrador, en su conferencia de prensa del 14 de julio de 2021, anunció que el 30 de agosto se reiniciarían las clases en el sistema educativo mexicano. Fue terminante: “[...] porque vamos a reiniciar las clases así, en definitiva, no hay nada que lo impida”.

Por una parte, el presidente respondió a una demanda social sentida por vastos segmentos sociales de retomar clases presenciales, aunque no unánime. El presidente identificó bien el lamento por las escuelas taponadas, el agobio de niños, madres y docentes por el encierro forzado. También en la burocracia se percibía cansancio.

Por otra parte, voces de autoridades estatales, periodistas y científicos no dejaron de poner alertas sobre los riesgos por la tercera ola de contagios que preveían que, en la segunda quincena de agosto, alcanzaría su punta. Los críticos apuntaron que el gobierno abandonó al sistema escolar, que miles de escuelas sufrieron de vandalismo, otras estaban (están) en pésimas condiciones, aun desde antes de la pandemia; según informes de varias fuentes, hay cerca de 30 mil planteles que no tienen agua entubada y en cerca del 70% de las que sí la tienen, el líquido es imbebible.

No obstante, al día siguiente, el presidente insistió en su exigencia: “Hay un pequeño rebrote, afortunadamente, de contagios, pero ya tenemos más vacunación, por lo mismo hay menos riesgos de contagio y ya no podemos seguir con las escuelas cerradas”. Justo ese día hubo más de 12 mil contagios registrados por la Secretaría de Salud. Pero se sabe que también hay una querrela entre las cifras oficiales y las que registran académicos, instituciones de salud y el mismo Instituto Nacional de Geografía y Estadística, que documentan un subregistro.

Para cuando el lector tenga en sus manos esta revista, quizá ya haya un regreso a clases presenciales en casi todos los niveles del sistema educativo. Sin embargo, es casi seguro que no se regresará a la escuela que conocimos antes de la pandemia. Las clases serán híbridas o mixtas y tal vez escalonadas, con protocolos de seguridad sanitaria nunca vistos en este país. Aunque también hay querrela respecto a si serán eficaces, quién pague por los costos de la prevención cuando el gobierno de la Cuarta Transformación recorta el financiamiento a la educación.

* Profesor de Educación y Comunicación, Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco (UAM-X). Su libro más reciente es *Política educativa en América Latina: Reformas, resistencia y persistencia* (México: Siglo XXI Editores, 2020).

La pandemia por la COVID-19, con sus variantes deja una estela de sufrimiento en el mundo y en México. No sólo hay más de cuatro millones de personas muertas y casi 200 millones de infectadas en el planeta, también millones perdieron su empleo, otras tuvieron que reducir sus ingresos, otras más entraron a la informalidad como estrategia de supervivencia económica.

La pandemia también mostró los rasgos perversos de mandatarios y sus partidarios; en vastos territorios reemergió el racismo, la xenofobia, el machismo y el maltrato a mujeres y niños. En México no aquietó la violencia criminal ni las riñas entre partidos. La crítica en la plaza pública señala los yerros gubernamentales y de la sociedad política en general al lidiar con la pandemia y la violencia. Buena parte de los votos en contra de Morena en las elecciones del 6 de junio puede explicarse por el cansancio de la gente debido a la ineficiencia del gobierno.

Con todo, la pandemia no derrotó a la humanidad ni a la sociedad mexicana. Allá y aquí surgieron respuestas y alternativas al encierro y a los problemas que provocó la cuarentena forzada. Numerosos estudios académicos e informes institucionales dan cuenta de innovaciones sociales, de caminos inexplorados para sobrevivir y tratar de salir adelante. En la educación surgieron apuestas novedosas, unas con antecedentes por el uso de los medios de comunicación masiva —en especial la televisión— y las tecnologías de la información y comunicación, otras opciones germinaron al calor de emergencia.

Muchas de esas iniciativas retoñaron fuera del ámbito gubernamental, otras, aunque dentro del sistema oficial, florecieron gracias a las acciones de los actores: estudiantes, docentes, autoridades locales e instituciones de educación superior. El gobierno del presidente López Obrador instituyó el programa Aprende en Casa I y II, que primero se implantó a la defensiva, a partir de marzo de 2020, hacer algo pronto con el fin de salvar el calendario escolar y alcanzar —un propósito imposible— que los alumnos obtuvieran los aprendizajes esperados.

El Programa Aprende en Casa II fue secuela del primero, el gobierno tuvo cierto tiempo para prepararlo. Las palabras del alto funcionariado de la SEP, entonces Secretario de Educación Pública, Esteban Moctezuma, en primer lugar, enviaron señales optimistas: “México no se rindió, concluyó satisfactoriamente el ciclo escolar 2019-2020 y hoy iniciamos a distancia el ciclo escolar 2020-2021”, expresó en la ceremonia de inauguración del ciclo escolar 2020-2021, en Palacio Nacional el 24 de agosto de 2020. Además, el gobierno firmó un convenio con las cuatro cadenas de televisión abierta más grandes con el fin de alcanzar la mayor cobertura posible, en especial en zonas donde la conexión de internet es débil o inexistente. De cualquier manera, cerca del 6% de los alumnos de primaria, alrededor de 800 mil, según la UNICEF, que viven en territorios indígenas o alejados, tampoco

tuvieron acceso a los cursos televisados. Como siempre los pobres penaron más que los segmentos medios. Las brechas de desigualdad se ampliaron.

Con ese bagaje en mente, el secretario Moctezuma declaró: “A pesar del inicio inédito del ciclo escolar, en medio de la pandemia de la COVID-19, sí es posible que los 30 millones de alumnos que hoy arrancan con el programa de educación a distancia alcancen los aprendizajes esperados”, “cuando un niño o una niña quieren aprender, el medio televisivo es amigable”, “el país está ‘preocupado, ocupado y unido alrededor de la educación’, lo que se refleja en la cooperación de empresas privadas, organismos públicos y autoridades para lograr que las clases digitales lleguen a todos los estudiantes” (*Excélsior*, 25 de agosto de 2020).

En contraste, en la plaza pública, comentaristas de todos los colores criticaron el arranque, acusaron a la SEP de improvisación, de que no se cumpliría con el derecho humano a la educación de infantes y adolescentes, que el abandono escolar sería inmenso o que la educación a distancia no sustituía la relación alumno-maestro que se da en las clases presenciales. La dirigencia formal del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, aunque apoyó la propuesta de la SEP, afirmó que la salud y la seguridad de docentes y alumnos eran su prioridad, mientras que ciertos círculos de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación mostraban un rechazo total al proyecto de educación a distancia.

No obstante que no faltaron voces equilibradas, el tono del debate en la prensa y los medios fue polar. Por una parte, el mensaje triunfalista del gobierno y, por la otra, la impugnación de académicos, periodistas y notas con opiniones de padres y madres de familia que también mostraban recelo; maestros frente a grupo, aunque aceptaban el reto, apuntaban que se enfrentaban a un fenómeno nuevo, enseñar a distancia, sin tener los instrumentos adecuados y contendían que los alumnos no aprenderían igual que en la escuela presencial.

Más allá de los altercados entre la ilusión de que todo saldrá muy bien y el escepticismo que existe de que se alcanzarán los aprendizajes esperados, vale la pena estudiar el fenómeno con miradas plurales y focos distintos, aunque no divergentes. En este número, *Reencuentro* ofrece un repertorio de experiencias que académicos y estudiantes recuperaron vía proyectos de investigación rigurosos. También hay muestras de acciones de dependencias gubernamentales que no siguieron la línea centralista y consiguieron éxito relativo, pero se nota el esfuerzo por evitar el fracaso y el deterioro de los aprendizajes esenciales.

A través de 19 informes este ejemplar ofrece perspectivas de estudiantes, descripción de ciertas estrategias para el fortalecimiento del aprendizaje, experiencias de diálogo pedagógicos entre la actividad tradicional (la clase magistral en educación superior, por ejemplo) y la diversidad de tecnologías de informática y entornos

virtuales. En esos azares, en unas partes se consolidó el trabajo colaborativo y la investigación en equipo y en otras emergieron con cierta fuerza. En casi todas ellas, docentes, madres de familia y estudiantes se apropiaron de su hacer, se empoderaron, dicen algunos. Pero no fue un proceso fácil, como tampoco lo será el regreso a las clases presenciales. Las apuestas por la educación dentro de la pandemia dejan huellas y aprendizajes que indican que el futuro no será un retorno a la vieja normalidad.

La organización

En este número presentamos un conjunto de argumentos y datos sobre la educación en la pandemia o, si se prefiere, consecuencias de la pandemia en la educación. No obstante que puede haber cierto empalme en los territorios de análisis, en 19 artículos agrupados en siete secciones damos cuenta de la complejidad del asunto. En ellos, además, se encuentran referencias a otras investigaciones y reflexiones sobre estos temas y otros adyacentes. Una séptima sección corresponde a nuestro tradicional apartado de *Variaciones*, que no trata del tema paraguas de la convocatoria.

El tema eje de la primera sección son *Los estudiantes*, sus percepciones sobre el fenómeno y su propia educación, el asombro por ingresar a estudios superiores y no encontrarse con compañeros ni profesores que, al paso del tiempo, se convirtió en agobio. Pero también hubo tenacidad y hasta obstinación para cumplir con las tareas, en especial trabajo de investigación en posgrado.

Juan Gabriel Rivas Espinosa, Angélica María Gaona Rivera y Damara Pozos Carmona presentan un análisis comparativo acerca de las tensiones de alumnos de una carrera que incluye una labor práctica de envergadura: “Percepción del nivel de estrés en estudiantes universitarios de enfermería entre la modalidad educativa presencial y a distancia”. No hacen diagnósticos físicos, pero relatan las aprehensiones y emociones del alumnado ante una situación inédita. Con su estudio, “COVID-19 y estudiantes de nuevo ingreso de pedagogía en la UNAM: integración forzada y el peso de las clases en línea”, Mónica López Ramírez y Santiago Andrés Rodríguez ofrecen la perspectiva de estudiantes de nuevo ingreso a pedagogía y conocer a la Universidad Nacional Autónoma de México por medios digitales; quizá algunos no han pisado un salón de su Facultad. Cierra esta parte el ensayo-informe de Eduardo López Guadarrama, César Alí Pedraza Morales y Diego Amado De León Olivares que abunda sobre cómo los estudiantes de posgrado en educación porfían en sus quehaceres y desafían a la pandemia: “Investigación y resiliencia en tiempos de pandemia”.

La segunda sección, *Experiencias* es la más extensa; refiere prácticas emergentes de diverso calibre y con enfoques distintos. La pandemia, puede deducirse del conjunto de estos informes, dejará una huella en la vida de muchos actores del

acto educativo. Por ejemplo, Carmen Silvia Peña Vargas, Carlos Antonio Quintero Macías y Adriana Isabel Andrade Sánchez informan sobre: “Experiencias docentes sobre el programa de continuidad académica mediada por tecnología durante el confinamiento por la COVID-19”. En tanto que Lucía Paredes Rojas y Alejandra Navarrete Quezada entregan una visión comparada de los desafíos de escuelas en zonas campesinas y citadinas, con las discrepancias y discordancias de los casos: “Educación a distancia y pandemia: Experiencias en educación básica en zonas rurales y urbanas”. Desde la zona andina, el colega Weimar Giovanni Iño Daza informa de una experiencia en los escalones altos de un sistema educativo: “COVID-19 y educación superior en Bolivia: voces y miradas de universitarias sobre las consecuencias pedagógicas del *coronateaching*”. Esta sección cierra con el informe pormenorizado sobre la experiencia local que rinden el titular de la subsecretaría de Educación Media y Superior de Tamaulipas, Miguel Efrén Tinoco Sánchez y su colega Kathia A. Zurita-Aguilar: “Contexto y perspectiva de estudiantes de Educación Media Superior y Superior de Tamaulipas sobre las clases a distancia ante la contingencia COVID-19”.

Denominamos *Política educativa* a la siguiente sección ya que —aunque no haya referencia explícita— toma como un eco aquel apotegma de Antonio Gramsci de que la educación es política y la política educa. Dos artículos se enfocan al examen de la política educativa en México durante la pandemia, observan y cavilan sobre Aprende en Casa II y más allá. “Del plumón y el pizarrón a las pantallas” de Julieth Ríos y “Gestión escolar pro-pandemia. Alternativas para desistir lo administrativo-gerencial” de Lucía Paredes Rojas ensayan explicaciones sobre la situación conflictiva de la educación en la pandemia.

Las tecnologías de la información y comunicación tomaron un auge espectacular en la pandemia. A experiencias pretéritas se suman prácticas novedosas. En la sección de *Docentes y tecnología digital* presentamos tres piezas relevantes para los debates presentes y futuros. Primero, en “Formación docente en tiempos de contingencia. La experiencia de la plataforma ENVIA en la UAM-Xochimilco”, Vicente Jaime Ampudia Rueda y Lourdes Hilda Trinidad Delgado detallan el origen y atributos de una plataforma digital que antecede por lustros a la aparición del coronavirus; conversa de innovaciones sobre innovaciones pretéritas. Dos piezas con enfoque psicológico complementan esta sección, más que nada para examinar las consecuencias que provoca el uso de la tecnología en los convulsos tiempos del coronavirus: “Emociones de profesores de matemáticas en las clases virtuales universitarias; situaciones desencadenantes durante el confinamiento por la COVID-19”, de Magdalena Rivera Abrajan y Raúl Salas Vega e “Imaginario, espacio íntimo y problemáticas afectivas. Experiencias tras el giro de lo presencial a lo

virtual en profesoras universitarias en el inicio de la pandemia de la COVID-19” de Ximena Hernández Huerta, Alfredo Pérez Alonso y Edgar Miguel Juárez-Salazar.

Uno de los argumentos más trabajados en diversas publicaciones, es que la pandemia agrandó la inequidad entre las clases sociales, la brecha de desigualdad económica y social tuvo consecuencias espinosas en la salud, ingresos económicos y, por supuesto, la educación. Como siempre, los pobres, sufrieron más que los segmentos medios como lo explican en la sección de *Brecha digital* Diana Minerva Espejel Alejandro, David Sebastian Contreras Islas y Roberto Flores Rojas, “Brechas digitales y vulnerabilidad: educación primaria ante la contingencia por la COVID-19” y “El papel de las tecnologías educativas durante la pandemia” de Alejandro Casales Navarrete.

En la sección de *Alternativas*, Mauricio Andión Gamboa construye sobre su trabajo previo y larga trayectoria en el estudio de la educación virtual y los usos de las tecnologías de la información y comunicación en “Modelos universitarios alternativos en tiempos de pandemia: El caso de la Universidad Nodo”. Además, Erendira Saavedra Albarrán, Adonait Mateos Fuentes, Wendy Angélica Hernández Cervantes y Oscar Fernando Contreras Ibáñez hacen un recuento sucinto de los asuntos conflictivos entre diferentes modelos de educación: “Modalidades educativas: convergencias y disidencias en tiempos de la COVID-19”. La pandemia deja lecciones que acaso deriven en nuevas vías de enseñanza y aprendizaje. Karla Liebed Solís García, Héctor Javier Cortés Maldonado y José Antonio Paoli Bolio con su “Análisis y propuestas para la incorporación del aprendizaje digital en la educación a través del arte frente a la COVID-19” nos brindan propuestas —que no deben tomarse como recetario, sino como posibilidades de aplicación— para el futuro inmediato y no tan cercano. La sección cierra con la reflexión que nos ofrece Fernando de Jesús Domínguez Pozos: “Diálogos sobre educación superior en tiempos de la COVID-19”.

Por último, en la parte de *Variaciones* David Baltazar Vargas en “La institucionalización de la política de financiamiento en los marcos normativos de la Universidad Autónoma de Querétaro (1959-1992)” ilustra la convergencia de política y reglamentación en los asuntos candentes de los recursos económicos en la universidad pública; con perspectiva histórica, además.

Los editores de *Reencuentro* hacemos votos de que con estos informes y ensayos aportemos un grano de arena a la comprensión de una anomalía que atacó a la humanidad de manera inesperada, empeoró problemas existentes en la educación, pero también incito la búsqueda de alternativas. La antigua normalidad escolar desapareció, la nueva normalidad —es casi seguro— será diferente. No pensamos que haya un retorno al pasado que conocimos antes de marzo de 2020.

25 de julio de 2021.